

Siete poetas chilenos

En Chile -- quizá en otros países ocurrirán fenómenos semejantes -- ha sucedido algo que permanece sin dilucidar: siete poetas, mejor dicho, siete poesías, han sido aprendidas y están en la memoria de centenares y miles de individuos. Quizá, para entenderlo mejor, sea preciso aclarar que los programas de estudios secundarios ^{de} ~~Chile~~ contemplan la obligación de estudiar a los escritores chilenos, no sólo a los desaparecidos sino a los presentes y no sólo a los más viejos de los presentes sino también a los más jóvenes. Lecturas y trabajos, entrevistas a los escritores, concursos literarios escolares, hace que los que han tenido y tienen estudios regulares, aunque no obligadamente universitarios, conozcan casi de modo íntimo a sus novelistas, cuentistas y poetas.

No se sabe aún -- y quizá sea mejor que no se sepa -- por qué esas poesías, y no otras, ~~han sido aprendidas de memoria.~~ Escritas por individuos y poetas en absoluto diferentes, con temas desemejantes, expresan, sin embargo, un sentimiento de suave o profunda tristeza, de angustia a veces. No hay en ellas nada alegre, nada optimista; el tono tiene algo de moro o de mozárabe; desesperanza. Sólo en una de ellas hay una nota de optimismo, aunque es un optimismo dependiente del propio ser y que termina con la idea de la muerte. Son poetas postmodernistas; aparecen después de la dominación de Rubén Darío y su lenguaje y metáforas e imágenes son la base de la nueva y verdadera poesía chilena. (De seguro hubo, en el siglo pasado, en Chile, poesías que los jóvenes aprendieron y que se mantuvieron en las memorias de muchos durante años; pero nadie dejó constancia de ellas ni de ellos, es decir, de los poetas.)

Generación tras generación van aprendiendo, en las antologías, en los estudios de los liceos, en la vida privada, estas poesías, las recuerdan y las recitan y no hay noticias de que alguna de ellas esté empezando a ser olvidada, lo que puede ocurrir; cambios de mentalidad, evolución

del gusto, nuevas influencias, pueden empujar hacia el olvido a la poesía y al poeta; no importará; serán reemplazados por otras y otros.

Quién sabe si el estudio de ellas y de ellos podría determinar el tono íntimo del hombre de Chile.

Cronológicamente, el primer poeta es Manuel Magallanes Moure. Nacido en La Serena en 1878 y fallecido en Santiago en 1924. Éste hombre, uno de los mejores poetas de los primeros dos decenios de este siglo, fue periodista, crítico de arte y pintor; formó ^{en el} ~~parte del~~ Grupo de Los Diez, agrupación ^{en la que figuraban} ~~de la que formaban parte~~ arquitectos, poetas, músicos, cuentistas y novelistas, que publicó una revista y que removi6 intensamente el ambiente artístico de Chile. Magallanes Moure fue, además, alcalde del pueblo de San Bernardo, cercano a la capital de Chile; allí vivió gran parte de su vida y en uno de los jardines de ese pueblecito hay hoy un busto que lo recuerda. En sus primeras poesías mostró todavía recursos poéticos del siglo XIX, de los que se libró al final. Publicó: Facetas, 1902; Matices, 1904; La jornada, 1906, y La casa junto al mar, 1919. ^{es una}

La poesía por la que se le recuerda ~~memorabilia~~ poesía platónica, de pensamiento muy fino; toda su obra se caracteriza por la delicadeza de su pensamiento hacia la mujer; hay en él algo de los trovadores medievales; el respeto al ser amado, ^{su} ~~la~~ intocabilidad. ~~del~~ ~~ser amado~~

APAISEMENT

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.

Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos

con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.

Ahora azul, azul está.

Era una soledad el cielo. Ahora

por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.

Somos el hombre y la mujer,

Conscientes de ser nuestros, nos miramos

en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas,

del color del agua del mar.

Desnuda, en ellas se sumerge mi alma,

con sed de amor y eternidad.

Centro de Estudios de Literatura Chilena

El autor de la segunda poesía, Carlos Pezoa Véliz, nacido en Santiago en 1879 y muerto en su ciudad natal en 1908, cuando sólo tenía veintinueve años (tuberculosis), es uno de los poetas que los chilenos no podrán olvidar nunca, el primero que tiene un acento inconfundiblemente nacional, no porque se dedicara a cantar las glorias militares de la patria sino porque en algunas de sus poesías (Alma chilena, Pancho y Tomás, por ejemplo) las figuras humanas, el ambiente y el tono logrado por su inspiración se sienten como reales, no simplemente como retóricos. Empezó como romántico y modernista y se cambió en poeta con formas y lenguaje propios; sentó las bases, según algunos críticos, de gran parte de la poesía chilena de estos tiempos. Profesor y periodista, llevó una vida, una breve vida, más bien triste: herido en el terremoto de Valparaíso en 1906, pasó sus últimos días en los hospitales. No alcanzó a publicar libro alguno. En 1911 su amigo y compañero Ernesto Montenegro publicó, con la firma de Pezoa Véliz, Alma chilena, poesías recopiladas ^{en} ~~de~~ revistas

y periódicos, y en 1920 otro compañero, el escritor Leonardo Penna, hizo editar en París otro tomo de poesías, Las campanas de oro,/con el nombre también ~~nambrón~~ de Pezoa Véliz. Por fin, en 1927, el crítico Armando Donoso publicó toda la obra del poeta en un libro titulado Poesías, cuentos y artículos.

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo, el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia:
llueve...

Y pues solo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,

duermo.

CELICH UC
Pero el agua ha lloriqueado
Centro de Estudios de Literatura Chilena
junto a mí, cansada, leve;

despierto sobresaltado: ©

llueve...

Entonces, muerto de angustia
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

El autor de la tercera poesía, José Domingo Gómez Rojas, nacido y muerto en Santiago (1896-1920), logró trascendencia gracias a la poesía que de él se sabe, una poesía breve y pesimista. Víctima de la persecución de que por parte del gobierno conservador de 1920 fueron objeto la Federación de Estudiantes de Chile y los hombres independientes del país, joven rebelde, ardiente orador universitario, este poeta es considerado como un mártir y todos los años, en el aniversario de su muerte, ocurrida

en la Casa de Orates de Santiago, pues el tratamiento que se le dio en la penitenciaría afectó sus facultades mentales, se le realiza una velada en que se le recuerda y exalta. Dos o tres años antes de su muerte inventó, para disimular el cambio de su nota poética, al poeta Daniel Vázquez; logró llamar la atención durante un tiempo, pero después fue descubierto. Publicó sólo Rebeldías líricas y Elegías.

MISERERE

La juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro. ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere

con los astros lejanos. ¡Miserere!

Centro de Estudios de Literatura Chilena
Y hasta quizá la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

Juan Guzmán Cruchaga, nacido en Santiago en 1895, es el autor de la cuarta poesía. Si lo hemos puesto después de Gómez Rojas, que fue nacido en 1896, es porque la poesía a que nos referimos fue publicada mucho después que la del anterior. Guzmán Cruchaga, fino poeta, ha publicado muy poca obra, aunque se dice que ha escrito mucha. Diplomático, vivió gran parte de su vida fuera de Chile. Su último puesto fue el de embajador de Chile en El Salvador. Hoy, ya retirado, vive en su país y recientemente fue agraciado con el Premio Nacional de Literatura. Como en el caso de Gómez Rojas, el mayor motivo de su trascendencia es la poesía que tanta gente sabe de memoria y recita. Ha publicado Junto al brasero, 1914; La mirada inmóvil, 1919, y Altasombra, 1958.

CANCION

Alma, no me digas nada,

que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.

Hoy la hallarás extinguida.

Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
Mi lámpara estremecida
dio una inmensa llamarada.

~~Hoy la hallarás extinguida.~~

Alma, no me digas nada,

que para tu voz dormida

ya está mi puerta cerrada...

Sucesion Manuel Rojas ©

Del año 1896 es también Pedro Sienna, otros de los autores de poesías sabidas de memoria. Pedro Sienna, que sólo publicó un libro, Máscaras, dedicó la mayor parte de su vida al teatro y al cine, lo que le hizo olvidar la literatura; hoy el teatro y el cine lo han olvidado a él. Sentimental, romántico, sigue una nota de su tiempo, una nota que tiene algo de Rubén Darío y algo de los románticos. Su trascendencia se debe exclusivamente a esa poesía, único recuerdo de su paso por la literatura poética de Chile.

ESTA VIEJA HERIDA...

Esta vieja herida, que me duele tanto,
me fatiga el alma de un largo ensoñar;
vaga en las ciudades, solloza en mi canto,

llora en los suburbios, aúlla en el mar.

Siempre va conmigo, poniendo un quebranto
de noble fatiga sobre mi vagar.

Mientras más antigua tiene más encanto.

Dios quiera que nunca deje de sangrar.

Y como presiento que puede algún día
secarse esta fuente de melancolía
y que a mi pasado recuerde sin llanto,
por no ser lo mismo que toda la gente,
yo voy defendiendo, románticamente,
esta vieja herida que me duele tanto.

El último poeta de ese año 1896 es el autor de este artículo, nacido en Buenos Aires, Argentina, aunque de nacionalidad chilena. "Manuel Rojas, más señalado como prosista en cuento, novela y ensayo, también se ha hecho notar como autor de versos. Siendo muy joven, se publicaron poesías suyas en Los Diez. Después recogió su producción poética en Tonada del Transeunte (1927) y en Deshecha rosa, breve, extrañable libro este último, donde se lee un solo poema dedicado a cantar la viudez del autor." (Raúl Silva Castro: Panorama literario de Chile.) Es, como se dijo antes, el único poeta que da una nota de optimismo, aunque ese optimismo, repetimos, depende del propio ser y termine con la idea de la muerte.

GUSANO

Lo mismo que un gusano que hilara su capullo,
teje en la rueca tuya tu sentir interior;
he pensado que el hombre debe crear lo suyo,
como la mariposa sus alas de color.

Teje serenamente, sin soberbia ni orgullo,
tus ansias y tu vida, tu verso y tu dolor.

Será mejor la seda que hizo el trabajo tuyo
porque en ella pusiste tu paciencia y tu amor.

Yo, como tú, ^{en mi rueca} hilo la vida mía
y cada nueva hebra me trae la alegría
de saber que entretejo mi amor y mi sentir.

Después, cuando la muerte se pare ante mi senda,
con mis sedas más blancas levantaré una tienda
y a su sombra, desnudo, me tenderé a dormir.

El más grande de los poetas chilenos, quizá el más grande, actualmente, de la lengua española, Pablo Neruda, nacido en Parral en 1904, muestra en su carrera literaria un vigor y una originalidad que parecen renovarse con el tiempo: es el autor de la última de nuestras poesías. En tanto que otros poetas, buenos poetas, se mineralizan, repitiéndose hasta el cansancio, él, cada cierto tiempo, se renueva, encuentra nuevas formas y nuevo lenguaje, nuevo sentido y nueva orientación. Su producción parece tener cuatro épocas: la primera, desde que se inicia hasta que marcha al Oriente con un cargo diplomático. Es la poesía un poco romántica y muy sentimental, la que más recuerdan muchas personas, que no se cansan de leer y recitar poemas que parece, ya, que van a ser inmortales, por lo menos en Chile: Farewell, El poema 20, o Mariposa de otoño. De esta primera época son sus libros Crepusculario y Veinte poemas de amor y una canción desesperada. La segunda época, la del Oriente, es para algunos críticos y poetas, la mejor de Neruda, ya que en ella su poesía alcanza una profundidad que llega casi hasta la concepción filosófica, la relación de la personalidad con el mundo físico e intelectual que lo rodea. Las obras de esta época son la primera y la segunda Residencia en la Tierra (1925-1935). La tercera época es su poesía política, tal vez la de menos valor poético (Canto general, 1950). La cuarta época es la actual, la

amor divinizado que se va.

5

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a tí mi dolor.

Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde caminos llevarás mi dolor.

Fui tuyo, fuiste mía. ¿Qué más? Juntos hicimos
un recodo en la rufa donde el amor pasó.

Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste; pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy.

... Desde tu corazón me dice adiós un niño.
Y yo le digo adiós.

Los poetas de que se trata no son, como se ha visto, excepto en dos o tres casos, los mejores de Chile; no ha sido necesario que lo sean: podrían serlo y no haber producido nada que quedara en la memoria, en los oídos, en la lengua, en la sensibilidad de sus compatriotas. Ha bastado con que en ciertos momentos hayan acertado a crear algo cuya música, cuyos sentimientos, cuyos pensamientos, cuyo tono sensible, encontrara una acogida que no se debe tanto a que sean buenas poesías como a que expresan un estado de ánimo que el ser humano puede tener en ciertos momentos, cuando está triste, cuando piensa en la muerte, cuando está enfermo. La tristeza, la muerte, la enfermedad, no son, en vano, eternos temas poéticos; son también eternos sentimientos y pensamientos de hombres y mujeres.